

EL MERCADO.

JORNADA QUINTA.

ERIA (*en una cabaña; á su lado un niño dormido sobre palmas*).

¡Qué feliz soy en el campo, á orillas del mar!
A la derecha de mi cabaña se levantan altos montes vestidos de cedros, coronados de nubes y de nieves; á la izquierda se extiende la campiña, en que la dorada espiga se dobla al beso del áura como la flexible caña, y el limonero atrae á sus frutos las abejas, á sus flores las mariposas, y el granado ostenta sus guirnaldas de púrpura, y la palma se mece orgullosa en las alturas, y la yedra se abraza á los troncos al par de la verde parra; y mientras el arroyo susurra, y el áura murmura en las hojas, y el cordero llena con sus balidos el prado, y el ave canta en la oscura en-

ramada donde anidan sus polluelos, las ondas del lejano mar me envian, al estrellarse en las arenas, el cántico de sus sonoros ecos y el beso de sus húmedas brisas; de suerte que mi pensamiento, ya vuela como la paloma por los campos, ya como el alga se mece entre la espuma y la ondulacion de las aguas. ¡Oh! Cuando derramo los dorados granos de trigo, y llamo á las palomas á que los recojan en su pico á la puerta de la cabaña; cuando trenzo con amapolas una corona para mi amado; cuando á la luz de la luna salgo á recibirle, al verle volver, ora cargado de frutos, ora de yerba para nuestro ganado, ora de peces que saltan entre las redes; cuando nos partimos un pedazo de pan en frugal cena, y despues al resplandor de encendida tea yo hilo copos de lana y él compone sus redes, y los dos cantamos una plegaria á los dioses ocultos en el centellear de las estrellas, me hallo más contenta y más feliz que todas las mujeres; y nada ansio en esta tierra, cuyo limite á mis ojos es el mar que besa el pié del valle, y el monte que lo corona con sus selvas. ¡Hora feliz aquella en que encontré á mi amado en la oscuridad de horrible noche! Desde entónces sólo he sentido felicidad y paz. Él siega, y yo espigo. Él planta, y yo riego. Él recoge la

cosecha, y yo la guardo. Él pesca, y yo voy con mi cesto de peces en la cabeza al mercado. Él trae en sus hombros el corderillo recién-nacido, y yo ordeño la oveja. Él riega el trébol, arranca el ajo, y yo hago la cena. Él cuida del árbol y yo lo sacudo para que despida la madura fruta. Él duerme la siesta, y yo velo dando de comer á los polluelos, á las palomas, á todos los animales que viven con nosotros, y como nosotros son felices. Pero donde nuestros ojos se paran, donde se mezclan nuestras lágrimas, donde se confunden nuestros lábios, donde se unen nuestros corazones, ¡ah! es en el rostro adorado del tierno niño hijo de nuestros cándidos amores. Las caricias de sus tiernas manecitas nos encantan, sus balbucientes lábios nos arrancan miles de besos, su dulce sonrisa nos alegra como el sol á los campos despues de la lluvia, su lloro nos pone olvido de todo, su tranquilo sueño nos arroba, y su mirada dulce, inocente y amorosa mantiene siempre vivo el fuego de nuestros amores. Yo he aprendido del árabe del desierto que viene á vender dátiles, muchos cuentos para entretenerle; del sacerdote asirio que tiene un templo en el Libano, muchas oraciones para implorar la proteccion de los dioses; y he encargado al navegante fenicio que de

la hermosa tierra donde el sol se pone, de la feliz Iberia, traiga una medalla de oro tocada en el altar del Hércules de Gades, para colgársela del cuello y preservarle del mal y de las tinieblas. Hijo mio, cada vez que te doy un beso, me parece que mis labios se purifican y se anima toda mi existencia. Hijo mio, hijo mio, dulce felicidad de tu madre. Oigo cantar. Es él, es él. ¡Qué feliz soy!

ORIEL.

Vengo del mar, de recoger en mi pecho sus brisas, de bañar mis miradas en sus horizontes. La ola que coronada de espumas besa la arena y se retira, y hierve, y escupe sus gotas á mi frente; la planta marina que vive sobre los abismos, recamada de colores, vestida de espléndidos reflejos; los aires que vuelan á su antojo por la celeste superficie, encrespándola y tiñéndola con varios cambiantes de luz; el ave que huella con el borde de sus blancas alas el agua, y mezcla su grito agudo al rumor de las brisas y de las olas, repetido por las hondas cavernas; la espléndida luz del sol, que al difundirse por aquella inmensidad finge un cielo sembrado de fugaces estrellas; la vida que tantos séres allí escondidos guar-

dan; el aliento de amor y de paz que se levanta del choque de las corrientes; el eterno cántico siempre repetido con que los líquidos abismos llaman á las alturas; el horizonte en que agua y cielo se confunden, se pierden como dos recuerdos amantes, llenan mi corazon de alegría, que henchido de vida canta en la orilla como las aguas, como las brisas, como las aves marinas, como el eco en el fondo de las cavernas, y se extiende hasta lo infinito, y se dilata como el mar. Todo es allí hermoso, todo. Arrojo mis redes en las aguas, y pronto se llenan de peces que traigo aquí saltando, peces que en sus escamas tienen todos los colores del iris, y que son el sustento de mi familia. Mi vida está consagrada á la naturaleza. Cuando por las mañanas me levanto y abro la puerta de mi cabaña, y veo á la rosada aurora teñir con sus primeros albores el mar, pongo la cara hácia sus brisas para que me den un beso, y muevo por vez primera mis labios para enviarle una bendicion. Cuando en las noches de luna cierro mi cabaña para acostarme, no puedo ménos de convertir los ojos al dulce rielar de la suave luz, que parece como un pensamiento amoroso y triste, como el reflejo de esa melancolia interior que la felicidad causa, extendido en la

naturaleza. Campo, mar, sois mi felicidad y mi sustento, y la felicidad y el sustento de mi compañera y de mi hijo. Ningun tapiz he visto en los palacios de los reyes como el verde espléndido de vuestras hojas y de vuestras olas; ninguna lámpara como el centellear de las estrellas de vuestro cielo; ningun diamante como la luciérnaga ó la fugitiva nocturna estela; ningun espectáculo como vuestros árboles cargados de flores, ó vuestras olas coronadas de espumas; ningun amor como el amor que centellean vuestros celestes horizontes; ningun manjar como el fruto maduro que cae á nuestros piés, ó el pececillo asado en la hoguera hecha de plantas saladas de la ribera; ninguna vida como la palpitation de vuestra sávia y de vuestras aguas. Iria, bendigamos juntos á los génios, á los dioses que se ocultan en la corola de las flores, en las ondas de los mares, en el rumor de las brisas, en la blanca espuma, en los rayos del sol y de las estrellas, en el sosegado curso del arroyuelo, en la honda caverna donde hierve la levadura de la vida de la naturaleza, para que vengan á proteger bajo sus alas el nido de palmas donde tranquilo duerme nuestro hijo.

IRIA (*de rodillas*).

Diosa y madre de las montañas, tú que vas por los bosques, con la cabellera suelta, la frente inundada de luz, los lábios agitados por convulsa y delirante risa, las manos ocupadas con una antorcha; envuelta en blanca túnica de nieblas que los rayos del sol bordan con todos sus matices; delirante, frenética de amor, entonando una cancion á cuyos acordes ecos todas las cosas se mueven y se agitan; recoge en tu copa de oro las espumas de los mares, el rocío de los bosques; libalos con el voluptuoso frenesí que dá la ardorosa vida guardada en tu seno, y ven despues á depositar un beso en los lábios de mi hijo, como la abeja deposita en el blanco panal la miel que lleva en su aguijon; y así será digno de tí, y cuando la sangre de la juventud enardezca su corazon, te seguirá amoroso por las selvas, uniéndose á los coros de tus sacerdotes y de tus adoradores. Yo le enseñaré á respirar tu aliento en el húmedo beso de las brisas, á sentir tus amores en el calor del medio dia, á libar tu vida en el ardiente licor que la uva desprende ó en la sabrosa miel que la flor guarda, á ver tu mirada en el plateado disco de la luna, á sentir las palpitations de tu inmenso corazon en

el movimiento de las olas, á besar como la orla de tu manto el áura cargada de aromas que hace estremecer de amor los árboles floridos en la primavera, á perderse en tu seno como el río se espacia y se pierde en la inmensidad del mar. Pero en cambio, diosa de Fenicia, dále fuertes brazos para trabajar con ardor y extraer la vida de la naturaleza; dále audacia para desafiar á los vientos y á las olas; dále esa mirada penetrante que lee en las estrellas la ruta por el desierto de los mares; guárdale para el porvenir una cabaña, y toca con tu vara mágica la tierra para que nazca una mujer que le ame como yo amo á su padre.

ORIEL.

¡Oh amor mio! La felicidad, que yo habia creído alejada para siempre de mí, me sonrie con sonrisa de amor. Mis brazos ya no tienen cadenas, mi cuerpo ya no se tiende en el húmedo lecho de oscuro calabozo. La soledad que antes desolaba mi alma, ha huido á la luz de tus ojos, que fecundan mi corazón como el sol fecunda los campos. Aquí, en el campo, en la cabaña, trabajo y vivo. Donde quiera que pongo la mano, allí brota la vida. Cuando despues de haber herido largo tiempo la tierra el sudor me cubre el ros-

tro, viene el aire del mar, y me orea, y me devuelve la agilidad y el movimiento. Cuando llega la hora del descanso, te encuentro aquí, y tus cánticos y tus palabras, y la sonrisa y las caricias de mi hijo, me devuelven la paz y renuevan la vida. ¡Bendita sea esta cabaña!

IRIA.

Nuestro hijo se ha despertado. ¡Oh corazón mio! ¿Has dormido? Me parece que veo todo el cielo en tus azules ojos. Tus labios brillan como una flor entreabierta. Bésame, bésame, amor mio, y besa también á tu padre. Te guardo una corona de flores, un dátil, una manzana y una rosa. Mira á tu padre, que está contemplándote extasiado. Bendito seas, hijo mio; bendita sea la hora en que viniste á la tierra.

EL NIÑO.

Quiero el nido que ayer me trajo el pastor; sí, lo quiero.

ORIEL.

No, hijo mio, no. El nido ha vuelto al árbol de donde fué arrancado, para consolar á la pobre ave que se dolía y se quejaba, pues los pajarillos

eran pequeñuelos como tú, y su madre amorosa como tu madre. Tú no sabes lo que cuesta al ave del cielo fabricar su nido; ¡ay! casi tanto como á tus padres levantar esta cabaña y darte ese lecho de palmas sembrado de odoríferas plantas. Primero la pobre avecilla busca un lugar escondido, muy escondido, entre las hojas con que la primavera ha cubierto el antes desnudo árbol. Allí va llevando en su pico lana que los corderillos han dejado en los espinos, hojas secas desprendidas de los árboles en el último otoño, hilos de las plantas, y las pajas que el aire dispersa, y que si bien parece perdidas é inútiles, son la felicidad de esos cantores de los bosques, cuyos gorgeos tantas veces te han dejado embebecido, obligándote por su sentimiento á confundirlos con la cancion de tu madre dulce arrullo de tu tranquilo sueño. Reunidas tanta lana y tantas hojas, llevadas al árbol y puestas sobre la yema que brota sávia, bajo la corola de la flor que exhala aromas, la avecilla pugna con sus patitas, con su pico, para juntarlas, para unirlas, para darles fuerza, perfeccionando su obra con su pecho, con sus alas, con el movimiento de todo su cuerpo, dolorido por el trabajo y palpitante de amor y de esperanza. Despues, con gran cuidado, deposita el huevo; y

aquel alado sér, que vive del movimiento, que se cierce sobre las nubes, que se pierde vagando en el infinito y luminoso éther, sin darse punto de reposo, siempre en perpétua agitacion, se detiene, se posa, encoge sus patas, deja caer sus alas antes rizadas por los vientos, se queda inmóvil, y se consagra á concentrar sobre el nido todo el calor de su sangre, todo el fuego de su vida, mientras el compañero de sus penas en el vecino ramo puebla los aires con las endechas inspiradas por sus melancólicos amores. Y tras tantos cuidados y dolores, vienen los pobres pajarillos, y rompen la corteza del huevo, y nacen desnudos como tú naciste, y tienen hambre como tenias tú; y entonces sus padres los cuidan como nosotros te cuidamos, los abrigan como te abrigamos nosotros; y en tanto que la madre procura que el frio no les moleste, ni los amenace ningun reptil, ni les falte un instante el calor, ni caiga sobre sus cuerpecitos la lluvia de la tempestad ó el rocío de la noche, velando sobre el nido como tu madre sobre tu cuna, el padre, el trabajador de la familia, va, como yo, por el campo á buscar un gusanillo, una semilla, un grano de trigo, para dar de comer á sus hijuelos que pian como tú lloras; y ni padre ni madre descansan un punto hasta que

han cubierto de vistosas plumas las tiernas alas de sus hijuelos, y han enseñado todos los arpegios del cántico á su garganta, y los han conducido á buscarse por sí mismos el necesario sustento en el campo, y los han levantado á los cielos, adies-trándolos en volar para que se pierdan en las ondulaciones del aire y en los arreboles de la luz. Y tú, pobre niño, no puedes querer la desgracia de esa pobre ave que se quejaba en el bosque, la pérdida de su amor, la muerte de sus hijuelos, que hubiera sido su muerte. Esos pobres alados séres son nuestros compañeros; purgan de insectos las plantas y las flores; anuncian con su vuelo la lluvia, con su lamento la tempestad; pueblan el aire de armoniosos cantares, y cuando la luz del día se alza tiñendo cielo y tierra, consagran al sol naciente una oracion en sus gorgoros animados por el amor. Su vida es como nuestra vida. ¿Y tú quisieras que un guerrero viniera y talara nuestros árboles, y destruyera nuestra cabaña, y te arrancara del regazo de tu madre, y te pusiera en cadenas, para no volver á vernos más en esta vida?

EL NIÑO (*llorando*).

No, no, madre; no, padre mio.

ORIEL.

Pues bien; mira allí el ave que habia hecho la mano del pastor desgraciada. Salta de rama en rama cantando, bate sus alas con placer, enseña ya á sus hijuelos á salir del nido, les lleva granos de trigo y los reparte entre todos, y se queda por último extasiada mirando el cielo por do van á vagar, y oyendo cómo ensayan sus primeros cánticos, no de otra suerte que el labrador se entenece cuando ve cargado de flores y prometiendo numerosos frutos el árbol por su mano con afán plantado, ó la madre llora cuando ve crecido ya al hijo de sus entrañas y cercano á comenzar el verdadero camino de la vida. No turbemos, pues, el reposo de los séres que nos rodean. Tú no sabes lo que esconde el mundo, no lo sabes. Aquí en la tierra hay tiranos, aquí en la tierra, hijo mio, hay esclavos. Tu padre no se pertenece á sí mismo, no sabe qué será de él mañana. Un rey le ha dado esta cabaña, esos ganados, el campo que ves, la choza que habitas, los árboles que se inclinan para ofrecerte sus frutos, las palomas que vuelan por las alturas, la libertad de correr por las orillas del mar á oír el cántico de las olas y de las brisas y á tender sus redes en las verdosas aguas.

Este es el premio que me concede por haberle salvado la vida. Pero, ¿quién sabe si mañana se cansará, y me llamará á su palacio, y me encerrará en sus hondos calabozos, y me volverá à poner en cadenas, y me azotará con su látigo, y me separará de esta cabaña, y del corazon de mi mujer, y de la vista de mi hijo?

IRIA.

Calla, calla. No imagines tan triste é imposible caso. Él nos ha dado esta cabaña y estos campos á orillas del azulado mar de Fenicia, y no podrá quitarnos lo que es nuestra vida, cuando tú le salvaste de los bárbaros. Desecha tan tristes pensamientos. Todo nos sonríe, todo nos alegra. El mar se riza al dulce aliento de los aires y se corona de espumas. El cielo brilla tan puro como los ojos de nuestro pequeñuelo. El árbol se llena de flores que sacuden sus aromáticas hojas sobre nuestra frente. La linfa del arroyo serpentea en un lecho de musgo, ceñida de verdes y lozanas plantas esmaltadas por las gotas de rocío. La juguetona cabra salta sobre los abismos, el corderillo paca la fresca yerba en el prado, las golondrinas dan de comer á sus hijuelos en los nidos fabricados en el techo de la cabaña, la cigüeña

desciende á limpiar de insectos los campos, bajo la rosa purpurina canta el ruiseñor sus amores, en tanto que el águila caudal se alza á los vientos y grita de alegría en las altas regiones, bañándose como todos los séres en los mares de luz y de vida que inundan el Universo.

ORIEL.

Yo he sido muy feliz, sí, muy feliz. Mi corazon, árido como un desierto, se ha vivificado al rayo de tu mirada. El sentimiento, que no se levantaba de mí sér sino para maldecir al impio cielo de bronce, sordo á mis quejas, ha volado lleno de alegría por las alturas como blanca mariposa que nace de una flor muerta. Las lágrimas negadas á estos ojos, secos por la calentura de la desesperacion, han corrido sobre el rostro de mi hijo en el retiro de mi cabaña. El trabajo, antes tan duro, tan triste y tan penoso, ha recogido con placer el grano de trigo, la fruta madura caída del árbol, el plateado pez que salta en la red, las cañas con que hemos levantado esta choza, las lanas de los corderos con que hemos cubierto nuestra desnudez, la miel que ha sido el manjar de nuestros campestres festines. Y si alguna vez he trabajado algo más, y he padecido, y he sudado

mucho sobre mi campo, ó en el mar, desafiando con mi barquilla las alteradas ondas que amenazaban sumergirme en los profundos abismos; al volver por la noche á esta choza, y ver la tea encendida, mi hijo dormido sobre las palmas, la cena humeando, el perro tendido á mis piés, tú, sí, tú, amada compañera mía, disponiéndolo todo y arreglándolo todo con tu trabajo, una lágrima de alegría ha asomado á mis párpados, é involuntariamente mis labios han modulado una oracion, cuyo eco ha ido á perderse en los arpegios del ruisenior y en el ruido melancólico del mar. (*Se oye sonido de trompetas.*)

IRIA.

¿Qué ruido es ese que viene á turbar nuestro reposo? Las parleruelas aves callan y se refugian en sus árboles, las ovejillas vuelven al aprisco, y el perro escucha el siniestro son y hiere los vientos con sus ladridos.

ORIEL.

Por la verde ladera de la montaña avanzan guerreros armados de todas armas, desplegando al aire enseñas de varios colores, caballeros en blancos caballos, y muy ocupados en soplar, sin

darse punto de reposo, largas trompetas que resuenan con siniestro sonido en el valle y en el monte. Detrás de ellos, en larga procesion, descubro una cadena de esclavos, que desnudo el pié, descubierta la cabeza, vestidos sólo con ligeras túnicas de lino que al ampo de la nieve se asemejan, menean ramos de laurel en la mano derecha libre de argolla, y entonan un cántico triste como el lamento del prisionero. Siguenles con tardo paso y humilde continente los compañeros del hombre en el desierto, los incansables camellos, que de vez en cuando levantan con sus resoplidos en la tierra una espesa nube de polvo, pues apenas pueden sobrellevar la inmensa carga de púrpura, de ricas telas con que vienen como agobiados. Véense detrás levantando sus trompas los gigantescos reyes de los bosques, los elefantes cubiertos con ricos tapices y sustentando en su lomo á los sátrapas del imperio, que miran indiferentes las galas de los campos y el hermoso espectáculo de los mares. Siguenles en numerosas cuadrillas guerreros de todos países, indios vestidos de lino, árabes caracoleando en sus caballos negros como la noche, escitas cargados de flechas y de arcos, abisinios que aullan, salvajes de los desiertos que saltan y corren como poseidos de

febril locura, ricos medas cubiertos de telas de oro, formando entre todos inmensa confusion de razas y de pueblos. En ricos carros de marfil y oro, tendidas perezosamente entre pebeteros que exhalan suaves aromas, coronadas de perlas, vestidas de ricas telas de plata, se ven venir las esclavas favoritas del rey, que entonan un cántico dulcísimo parecido al del rui señor que ha dejado su libertad en las doradas rejas de los palacios. En pós de las esclavas se ven los magos, tambien perezosamente tendidos en deslumbradores carros, en los cuales van las divinidades que protegen el imperio persa, y las ciudades tributarias del imperio. En un lecho que semeja al sol viene recostado el dueño del mundo. En su cabeza luce la tiara persa, en sus piés sandálias de oro, en sus hombros el manto de púrpura, y de su costado está pendiente la espada de Ormuz, más luminosa que un cometa. Es el rey de Persia.

KEKOBAD (*dirigiéndose á sus magos*).

Quiero ir á Egipto. Niño, jugué en mi cuna con sus serpientes de bronce y con sus cocodrilos de piedra. Jóven, he oido el cántico de sus esclavas esparcido por mis palacios como un clamor del desierto que me llamaba á sus voluptuosas

noches, á sus ardientes amores. Rey, creo que mi corona es frágil y pálida si no se pierde en los sombríos misterios de sus templos, en las cavernas de sus sepulcros. Quiero libar el oloroso vino en las copas de aquellos altares, y embriagarme al son de aquella música, aguda como un gemido del desierto, cadenciosa como el ruido de las aguas del Nilo al morir en el mar. La tierra de los misterios me dará en su silencio religioso, en sus nubes de incienso y de mirra, en sus holocaustos, el espíritu de un dios, que necesito para hollar la frente de las naciones y las espaldas de los pueblos. Allí, reclinado en sus altares, hundidos los piés en las flores sagradas traídas de las márgenes del Nilo, apoyados los brazos en las esfinges de mármol, envuelto en el sudario de alguno de esos dioses que duermen siglos y siglos en las pirámides, oyendo la catarata de los tiempos pasados rodar al pié del ara desde los labios de las primitivas esfinges, embebido en descifrar los secretos de la naturaleza que guardan los misteriosos geroglíficos, podré ver á la tierra subir hasta mis piés, desciniéndose su túnica como la esclava que se entrega á su señor, y al cielo bajar hasta mis manos como el pajarillo fascinado baja á las fauces de la serpiente; y seré

dios, y las naciones me parecerán despreciables hormigueros, y la tierra un monton de cenizas que ni siquiera sea bastante á empolver las orlas de mi manto. Yo soy desgraciado. Los pueblos caen uno tras otro en mi espíritu como piedras en el mar, y ni siquiera oigo su ruido allá en los profundos abismos de mi pensamiento, y ni siquiera los veo dibujarse en los horizontes de mi fantasía; pues arrojar á mi ambicion el mundo, es como arrojar un insecto al leon hambriento. Quiero ser dios; sí, quiero ser dios. El ruido de estos festines me hastía cuando lo comparo con el cadencioso cántico que deben formar las estrellas en los espacios celestes; el hirviente vino me parece insípido y frio cuando pienso en el hervor del néctar de la vida que debe guardar Ormuzd en su cáliz; la luz del sol es á mis ojos como espesa noche cuando evoco la primera aurora de la primera luz que debió amanecer sobre la primera ebullicion de la sustancia del Universo. Sacudiendo el sueño de la tierra, despues de largo embrutecimiento en el seno de la materia fria é inerte, quise volar como el águila por las alturas, y tomando alas de mi pensamiento, menosprecié reinos y coronas de oro, y me perdí en el celeste vago éther, y quise, yo, rey omnipotente,

tocar con mis manos los limites del Universo, abrevarme en la copa donde está guardada la vida, ver la fuente misteriosa de la luz, y abrasar allí mi tosco cuerpo como la mariposa sus alas de gasa en el fuego de una lámpara, para tomar otra naturaleza, y sentarme entre los dioses, y ceñirme los mundos como un collar de topacios á mi garganta. Pero bien pronto caí de mi ilusion. Y soy poderoso, y todo me domina; y no puedo comer sin que venga el empacho, ni beber sin que me tomé la embriaguez, ni amar sin que me posea el hastío. ¡Oh rabia! Por eso quiero ir á Egipto, por ver si en aquel suelo sagrado y religioso troco mi frágil naturaleza de hombre por la pura y vívida y ardiente naturaleza de dios. Vamos, pues, vamos á Egipto.

EL GRAN MAGO.

Kekobad, tu ambicion es justa. La conquista de Egipto ha sido el eterno sueño de Persia. Mas tu tesoro está completamente vacío. La guerra se ha llevado consigo todas tus riquezas. El hambre comienza á reinar en tus dominios. Al llegar á Tiro, á la ciudad mercantil del Asia, el dueño de Asia no tendrá lo que acaso tenga el último de sus mercaderes. Armar naves, ejércitos, caer so-